

CARA POR IGNACIO AGUSTI Y CRUZ

EL TIEMPO Y NOSOTROS: 200 NUMEROS

YO no sé con exactitud por qué bauticé esta sección de TRIUNFO con el título de "Cara y Cruz". No tenía la intención premeditada de ejercitar con ella la menor paradoja, que pudiera haber justificado el epígrafe. La cara, si. La cara de un artículo es el artículo mismo, lo que en él se dice. Nosotros, los escritores, estamos condenados a ir por el mundo sin antifaz. A través de lo que escribimos siempre damos la cara. Pero ¿y la cruz? ¿Habrá cruz en esta sección? Bien es verdad que, mientras los escribo, me parece haber lanzado una moneda al aire, moneda que tanto puede caer al suelo de cara como de cruz; y que, por tanto, mi función en ellos es siempre problemática. Una de las cruces del escritor es que cualquier cosa que él diga, leída luego en un papel, resultará una evidencia imborrable del espíritu de aquel hombre, de su modo de pensar, de su carácter y hasta de su filiación. Un comerciante de muebles o un vendedor de solares pueden opinar un día una cosa, al siguiente la cosa contraria, porque el viento y el cliente se llevan sus palabras y éstas no constituyen testimonio alguno de su modo de ser. "El cliente tiene siempre razón", es axioma de vendedores. Pero en el artículo que nosotros vendemos estamos nosotros mismos, y somos nosotros los que en cierto modo tenemos el imprescriptible deber de tener la razón de nuestro lado. ¡Y esto es tan difícil! Todo lo que dejamos escrito se constituye de pronto en inmutable jurisprudencia en contra nuestra. He aquí, pues, nuestra cruz. Porque en el fino matiz de la expresión escrita, el ideal sería que la moneda cayera siempre de canto; pero nunca ocurre así.

Advierto ahora que la cruz de estos artículos no era, sin embargo, ésta; ni ninguna. Mis crónicas en estas páginas, en el momento de empezar, no tenían la menor pretensión dialéctica —ni la tienen aún—. No me senté en un sillón a pontificar, sino a descansar. Créanlo ustedes; para un escritor, escribir no es un trabajo. Se extrañaba Gabriel Miró de que, de vez en cuando, su editor le enviara algunas liquidaciones, producto de sus obras. "Ah, pero ¿es que se cobra por eso?" Y añadía que, a su modo de ver, lo que él debería hacer es pagar, en lugar de cobrar, porque él no aspiraba a vivir de la literatura, sino para ella. Cuando José Ángel Ezcurra, el director de esta revista, me llamó a Barcelona ofreciéndome esta página, yo estaba enfascado, demasiado enfascado, en otros quehaceres, relacionados ciertamente con la literatura, pero que no eran propiamente mi literatura. De modo que acepté encantado el encargo como quien se va a un balneario una temporada, a rezojar los pulmones. Hace de ello ahora cerca de cuatro años. Exactamente, hace de ello ahora doscientos números, en cifras redondísimas. Y aún sigo sentado en aquel sillón, que me dio lentamente su forma de tanto apoyar mi postura en él, pero que al propio tiempo me da la impresión de haberse amoldado a mi estructura. Y ahora, hasta a veces me solazo en él y prolongo aquello que al principio me pareció convalecencia de jubilado, en deportivo descanso de hombre de club.

¡Doscientos números! No es que la cifra me amilane, pero ahora me parece increíble. Si a través de estos doscientos números yo pudiera hojear la revista con la celeridad con que pasan las figuras en un caleidoscopio, podría contemplar mi propia imagen, desde su intimidad, moverse, agitarse, alentar tal cual ha sido. Aunque, en general, estas pequeñas piezas que

he ido publicando pretenden tener una cierta objetividad, en todas ellas se ha filtrado algo de mis consecutivos estados de ánimo. Hay artículos que conservan fresco el humor de unos días, otros son como un espejo de viajes que hice, los terceros acusan cierto sentimiento de soledad. No somos como el mármol, inmutables: temblamos con el frío y exudamos con el calor. Y eso distinto que vamos siendo en cada instante, lo destila la tinta a trazos mínimos, palabra tras palabra. De modo que, a través de estos doscientos números, estamos moviéndonos a la vez las cuatro estaciones y mi yo. En adelante, ya no mido por años. En la actualidad yo tengo doscientos números más que entonces y eso, contado en fascículos semanales en lugar de contado por años, lejos de avejentarme me produce una sensación de bienestar y de juventud.

El tiempo, que a partir de cierta altura ya es incómodo de llevar, debe por ello ser tratado con mucha cautela. Mis amigos de juventud acostumbraban a ser mayores que yo. Mis amigos de la madurez son, en cambio, más jóvenes. No sé si ello es premeditado, pero me parece que hay una tendencia en mi persona a disimular mis años en una zona media que, al cambiar la edad de mis amistades, me ha ayudado hasta ahora a mantenerse así. La cuestión de la edad no me preocupa, pero no hay duda de que me causa una cierta flaterie, casi femenina, el hecho de participar en una empresa de comunicación que es evidentemente más joven que mi propia edad. Si, ciertamente, el contacto con la gente más joven le hace a uno sentirse más joven.

Al aparecer ahora el número doscientos de la revista he echado un poco la mirada atrás. He vuelto a curiosear sobre el contenido de estos números. Uno tras otro los he ido viendo; y no sólo ha pasado ante mi mi propia imagen, en algunos atisbos de su intimidad que ya el tiempo ha congelado, sino, sobre todo, el volumen de todo lo que acontecía en el mundo: de la moda al arte, de la guerra a la paz. Hay una evolución de los acontecimientos que parece correr paralela a la leve mudanza, casi inaprensible número a número, que se nota en los modos de confección de la revista. Así, en su conjunto, nos parece advertir la estructura de una pieza melódica. Orquestrar la actualidad, armonizar sistemáticamente el acontecimiento, lograr un equilibrio entre lo que está por ocurrir sin ultrajar la continuidad natural, poseer el sentido de anticipación de las cosas, adivinar y concentrar lo que aparece, son virtudes básicas del periodismo. El logro es absoluto en estas páginas, que poseen además el valor de una renovación frecuente del esquema, aún en sus calidades tipográficas. Y todo esto lo digo sin el menor rubor y sin crearme por un instante afectado de autobombo, porque en realidad es como si yo la mirara desde la acera, desde aquel mismo sillón de balneario en el que me instalé y en un bordillo al sol que ya ha dejado de ser "periodismo", alejado del lugar donde se cocina la revista y bastante al margen de toda actualidad.

Todo ello es consecuencia de un ánimo y de un equipo. De un ánimo en continua tensión, y de un equipo cohesionado. Yo sé cuánto cuesta lograr esto. Pero ahí van doscientos números de ánimo y de equipo; del cual, de este último, no tuve yo noción palpable hasta hace poco, con ocasión de cierto acontecimiento literario en el que participé. Recibí, inesperadamente, una carta de enhorabuena firmada por todos aquellos a quienes yo leía todas las semanas en TRIUNFO, como una especie de certificación o de acta de su amistad y de su realidad sustancial, que me sirvió para desvanecer la idea que nos dan los escritores cuando sólo están al pie de sus artículos con una firma que es como la huella digital de un fantasma. Esos son los doscientos números de TRIUNFO. Y ahí están, para demostrar que el tiempo pasa; pero también que el tiempo queda.